

EL 98 ENTRE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

Por CECILIO ALONSO

El discutido ente literario que, desde 1913, se viene conociendo como «Generación del 98», no se definió por su atención preferente a los acontecimientos históricos y militares sugeridos por su propia denominación¹. Sus integrantes no se sustrajeron a los efectos morales del desastre, pero —si prescindimos de su radicalismo juvenil— se manifestaron en el marco de una estética innovadora, la modernista, que recurría al simbolismo para expresar estados de ánimo afectados por el pesimismo metafísico, o por la «degeneración» artística, ya extendidos por Europa antes de que se iniciaran las guerras de Ultramar. Este decadentismo fin-de-siglo, claro es, cobró rasgos específicos con la derrota del 98 que daba pábulo a las lamentaciones intelectuales a propósito de motivos como el fin-de-raza o el agotamiento histórico nacional, en parte

1. Melchor Fernández Almagro (1948, pp. 13) ya reparó en esta circunstancia: «La Literatura del 98, en sentido estricto, por su concepto y cronología, es la que hubo el Desastre de inspirar en relación directa con él. Artísticamente, claro es, no interesa en contraste con la otra, la producida por la generación de Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Baroja, Maeztu... Pero desde el punto de vista histórico, la importante y útil es aquella, ignorada o punto menos de los españoles actuales, siendo, realmente, la que sirve de fuente preciosa e insustituible al conocimiento de tan tristes sucesos. Los escritores propiamente dichos, magníficos escritores, de la generación que es ya gala lucidísima de la Historia de nuestra Literatura, nada nos dicen —ni tenían porqué— de la liquidación del Imperio español en América, al hilo de las guerras coloniales y de la paralela acción política: ellos no lo vivieron en el campo de batalla ni en los despachos donde se estudiaba el problema y se contraía la responsabilidad de su solución.»

compensados con el estímulo del voluntarismo nietzscheano que anunciaba la epifanía del hombre superior. En los textos literarios de mayor exigencia artística, producidos a partir de 1900, cuyo paradigma más tópico acaso sea el azoriniano, el testimonio de la realidad tiende a aparecer transfigurado, sublimado o depurado, en busca del alma de las cosas, del espíritu nacional y de las esencias intemporales que pudieran regenerarlo, entre la elegía castellanófila y el culto a la tristeza: «literatura destructora o doliente» a ojos del pensamiento progresista de aquellos años²—, a la que el mallorquín Miguel de los Santos Oliver (1906) opondría la euforia de la denominada «literatura estimulante», confiada a la acción revitalizadora de la periferia peninsular. Así pues, en plena crisis del realismo literario, los escritores que se convino en llamar «noventayochistas» no se caracterizaban precisamente por la visión descriptiva de casos de armas que habían conmocionado a la colectividad nacional.

Pablo de Azcárate (1968, p. 8), al estudiar la guerra del 98, dio una explicación razonable de la penumbra que oscureció los hechos históricos constitutivos del «desastre» colonial durante más de medio siglo: no interesaba relatar sucesos «que los viejos conocían por haberlos vivido» y que a su vez rechazaba una juventud con la vista puesta en el futuro. Se imponía el olvido como parte de una terapia psíquica colectiva. Otra razón, añadiría yo, para explicar también esta falta de referencias: las guerras coloniales fueron físicamente conflictos lejanos, de los que muy pocos escritores españoles del novecientos tuvieron una experiencia directa. En buena parte fueron militares de carrera: el médico Felipe Trigo, héroe de Fuerte Victoria, mutilado en Filipinas; los comandantes José Ibáñez Marín y Ricardo Burguete, el capitán Saturnino Martín Cerezo, que dejaron testimonios de cierta dignidad literaria. De entre ellos el de Burguete³ me parece que conserva

2. Cf. «Ángel Guerra» (seud. de José Betancort Cabrera), *Del vivir revolucionario*. Valencia: Sempere, 1911. pp. 172 y ss.

3. Ricardo Burguete (Zaragoza 1871-Valencia 1937) se codeó en su juventud con los intelectuales del fin de siglo. Además de *Cuba (Diario de un testigo)* y *Filipinas (Memorias de un herido)* (1902), otros volúmenes suyos como *Mi rebeldía* (1904), *Morbo nacional y Dinamismo espiritualista* (1905) proponían la educación de la voluntad y la regeneración patria por la «vida ofensiva» y la energía universal. Absorbido finalmente por su carrera militar llegó a coronel en Melilla (1910) y, ya general, ocupó cargos de responsabilidad como la Alta Comisaría en Marruecos (1922) y la Presidencia del Consejo Supremo de Ejército y Marina (1930).

mayor actualidad, aunque en estos fastos del centenario, hasta la fecha, sólo José Luis Calvo Carilla (1998, p. 356) le ha prestado alguna atención. Su experiencia fue completa, pues combatió primero en Cuba, y después en Filipinas. Publicó al término la guerra dos libritos que se leen hoy con interés, por su estilo fluido y por la variedad de motivos. En ellos se combina la observación con la imaginación y el clímax épico; la curiosidad ante el exotismo, con la reflexión sociopolítica y el talante filantrópico. No obstante Burguete no era un antibelicista, sino un militar crítico, para quien la guerra era una consecuencia fatal de la lucha por la vida, entre el imperativo divino y la selección de las especies (1902a, p. 111)⁴.

También hubo suboficiales de reemplazo, como José Muñiz Quevedo y —sobre todo— Manuel Ciges Aparicio, procesado por su osadía de remitir correspondencias informativas opinando sobre la política militar del general Weyler, al diario radical *L'intransigeant*, que dirigía en París el filocubano Henri Rochefort. Y no faltaron soldados voluntarios con facilidad de pluma, como Manuel Corral (1899) y Juan Toral (1942⁵) que publicaron sus memorias de guerra. A este elenco de combatientes podríamos agregar al civil Luis Morote, redactor de *El Liberal*, defensor de la autonomía cubana, que se jugó la vida en el ejercicio de su profesión informativa al penetrar en campo enemigo, y presentarse temerariamente ante el generalísimo cubano Máximo Gómez, quien lo sometió a un consejo de guerra del que salió absuelto. Pero ninguno de los escritores canonizados con posterioridad — los Martínez Ruiz, Baroja, Machado... — fueron a las guerras, ni hicieron el servicio militar, a excepción de Maeztu que cumplió una breve prestación voluntaria en Baleares (1898). Así pues, és-

4. No dejaba de ser éste un planteamiento del pesimismo intelectualista. La justificación patriótica de la guerra más vulgarizada se expresaba en los términos retóricos empleados por José de Siles (1905, p. 7): «Es la guerra el crisol que depura de las razas, las muchedumbres, las turbas. [...] En su escuela no hay hombre que, como siga las inspiraciones del valor, no aprenda a ser inmortal...»

5. Muñiz Quevedo, autor de *Ajiaco* (1898) hizo relaciones literarias en Cuba, y se interesó por el folclore de la isla. «Los Lunes de *El Imparcial*» le dio el espaldarazo peninsular («Piña americana», 29-3-1897). *Del cautiverio* de Ciges Aparicio, y *El sitio de Baler* del capitán Martín Cerezo, en 1925 fueron incluidas por Valle-Inclán entre las nueve mejores novelas del primer cuarto de siglo (Cf. *Entrevistas, conferencias y cartas*; ed. de Joaquín y Javier del Valle-Inclán. Valencia: Pre-textos, 1994, p. 289).

tos las vivieron imaginariamente, dentro de lo que constituye el gran mito literario noventayochista: los símbolos contractivos de la colonización interior, la intrahistoria, el casticismo o el esencialismo castellanista, cuya proyección ha persistido en la cultura literaria española prácticamente hasta nuestros días.

Tuñón de Lara⁶ marcó la pauta, hace más de un cuarto de siglo, para redefinir el 98 como un espacio histórico amplio, marcado por la confluencia generacional y la experiencia divergente de quienes lo vivieron. De modo que, a estas alturas, poco interés tiene empeñarse en construir una visión unitaria, de por sí empobrecedora.

Las fuentes que yo he seleccionado para evocar el encuentro de las letras con las armas hace cien años, son en su mayor parte documentos oscuros. En realidad, no es más que una pequeña muestra indicativa, si consideramos, p. ej., las 1.381 entradas que registra la documentada Bibliografía sobre la guerra de la independencia cubana (1976) publicada por la Biblioteca Nacional "José Martí" de La Habana. Pero, también hay que apresurarse a decir que incluso este excelente repertorio presenta amplias lagunas en lo concerniente al tratamiento literario de la guerra en territorio peninsular. En este aspecto documental queda todavía campo por roturar, tanto bibliográfico como hemerográfico.

Imágenes de la sensibilidad independentista, pueden advertirse ya en las novelas del filipino José Rizal, que preludian las hostilidades; en las cartas y diarios escritos en campaña por José Martí, o en el muy estimable *Diario de guerra* del abogado Eduardo Rosell y Malpica⁷, insurgente cubano, jefe del estado

6. «La aparición de los hombres llamados del 98 en el horizonte español de los primeros años de siglo no debe ni puede velarnos su convivencia en un *espacio histórico generacional común* (para emplear la expresión de Tierno) con otros llegados antes y que todavía estaban en plena creación» (Tuñón, 19733, p. 124).

7. De este interesante documento, anticipó el folletín de *El Pueblo* al filo mismo de la guerra (1898) fragmentos de su último cuaderno, facilitados a Blasco Ibáñez por un ayudante del general Arolas cuando la guerra contra Estados Unidos entraba en su fase crítica. Se aseguraba que el diario estaba originariamente redactado en inglés y que había sido traducido por un oficial español. Nada se nos dice a este respecto en la magnífica edición crítica que publicó la Academia de la Historia de Cuba en dos tomos (1949-50), cuyo editor conoce la existencia de una copia fragmentaria hecha por las autoridades militares españolas, pero no hace referencia a la edición valenciana de 1898. Rosell, según su propio testimonio (1950, p.110) cultivaba la prosa literaria y había escrito unos episodios titulados: «Mamuchito, Negro y blanco y Tablas». La primitiva versión de *El Pueblo* daba seguramente una lectura defectuosa: «Manuscrito, Negro y Blanco, Recuerdos de Camagüey y otro».

mayor del brigadier Pedro E. Betancourt. Las primicias del *Diario* de Rosell se publicaron en el periódico valenciano *El Pueblo*, por los mismos días en que la escuadra de Cervera era destruida en Santiago de Cuba. Este diario, lleno de inteligentes apreciaciones sobre la guerra, tuvo su contrapartida en otro, mucho más breve, que *El Imparcial* dio a conocer en agosto del mismo año, redactado con escasas luces literarias por el coronel español Vicente de Cortijo⁸ que había caído prisionero de los yanquis, y que hubo de sobrellevar un suave cautiverio de apenas un mes en Atlanta, muy quejoso por no sentirse tratado de acuerdo con su rango militar.

Respuestas inmediatas a los acontecimientos bélicos encontramos también en la literatura periodística, y en los diversos cronicones, publicados por entregas durante las guerras. Cuentos y versos contribuían —con más o menos transparencia— al control ideológico de la opinión. Con frecuencia se trata de literatura deleznable, pero ya se sabe que a menor calidad literaria, mayor efectividad ideológica. Menos abundante es el tratamiento novelesco de aquellas circunstancias: el ejemplo más brillante lo constituyen, sin duda, las dos novelas del onubense José Nogales publicadas en 1901 (*Mariquita León*, y, especialmente *El último patriota*). En cuanto al teatro, abundaron las frivolidades patrióticas, y piezas de género chico. Pero las repercusiones en el drama de ideas escasean o son muy tardías, por lo general centradas en conflictos sociales y psicológicos planteados por la repatriación, en algunas obras de Santiago Rusiñol (1903) o de Federico Oliver (1915).

Intentaré sintetizar la descripción de estos testimonios centrándome en los aspectos que me parecen más significativos, desde una doble perspectiva: a) la guerra como experiencia física, y, b) la guerra «a distancia», vivida con la imaginación.

8. «El coronel Cortijo prisionero de los yanquis. Diario de un cautiverio» *El Imparcial*, 8 y 9-8-1898 (folletín corrido).

RIZAL Y MARTÍ, PRECURSORES Y MÁRTIRES

En el primer caso, es obligado comenzar recordando a Rizal y a Martí, que legitimaron con la entrega de sus propias vidas la autenticidad de su utopismo patriótico. En ambos las letras fueron doblegadas por las armas.

José Rizal (1861-1896) con sus dos novelas —*Noli me tangere* y *El Filibusterismo*—, entre 1886 y 1891, dio cuerpo imaginativo e ideológico al mundo filipino indígena, que había carecido hasta entonces de una literatura culta en castellano. Impulsado por la aspiración secularizadora que permitiera establecer una sociedad civil con fundamentos científicos, el testimonialismo de dichas novelas presenta una doble vertiente: por un lado, la denuncia de la corrupción administrativa y de lo que se llamó entonces «la frai-locracia» filipina; por otro, la sublimación del sufrimiento popular como consecuencia de aquéllas. Entre los dos textos hay una evolución que permite observar la actitud del autor filipino con respecto a la metrópoli. Rizal, que estudió en Madrid (1882-1885), plantea en *Noli me tangere* una especie de advertencia previa a la rebelión, bajo la aceptación de un doble patriotismo —español y filipino—⁹; mientras que seis años más tarde *El Filibusterismo*, agotadas las esperanzas reformistas, es ya un grito en favor de la rebelión a cualquier precio¹⁰.

Pero, aparte su extraordinario valor documental sobre costumbres y psicología indígenas, *Noli me tangere* revela que los efectos del krausopositivismo, del naturalismo y del espíritu de análisis dejaron huella en un autor de formación española y, por tanto,

9. «¡No, a pesar de todo, primero la patria, primero Filipinas, hija de España, primero la patria española!» (Rizal, 1896 VIII, p. 83).

10. «El Ibarra del *Noli me tangere* no piensa lo mismo que el Simoún de *El Filibusterismo*. Se ha operado una gran transición en las ideas del autor, que transmite a sus personajes. Ibarra confía, espera, ama. Simoun está desengañado, es escéptico, odia. Ibarra pide reformas, apela a la justicia y a la bondad del gobierno; Simoun no pide, embrutece, corrompe, incita a la violencia, destruye, se suicida. No; la segunda novela no es la continuación de la primera. Ibarra ha muerto en la caza del lago, y si ha resucitado, ha resucitado como otro hombre» (Ricardo Palma, *apud* Jaime C. de Veyra, «La Hispanidad en Filipinas», *HGLE*, V. Barcelona: Barna: 1958, pp. 523-524)

sujeto a procesos intelectuales similares a los de los escritores peninsulares de la Regencia¹¹.

Si hoy resulta desproporcionada la opinión, tan extendida entonces, de que sus novelas fueron la mecha de la insurrección filipina¹², no lo es tanto que fueran causa determinante de su fusilamiento, el 30 de diciembre de 1896, sentenciado por un Tribunal militar. En cierto modo, Rizal pagó muy caro el respeto que España le merecía. Todavía en vísperas de su ejecución, aceptaba su destino con una despedida sin odio, en un poema escrito en quintetos alejandrinos en lengua española, que descubrían su vinculación al gusto neorromántico, y su concepto positivo de la desindividuación y el regreso a la nada, por igual impregnado de gusto "científico" y espiritualismo finisecular:

Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada,
no tenga cruz, ni piedra que marquen su lugar,
deja que la are el hombre, que la esparza la azada,
que todas mis cenizas se vuelvan a la nada,
y en polvo de tu alfombra se vayan a formar.
¡Entonces nada importa me pongas en olvido!
Tu atmósfera, tus campos, tus valles cruzaré;
vibrante y limpia nota seré para tu oído;
aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,
constante repitiendo la esencia de mi fe.

11. Cabría pensar que el no haber encontrado a tiempo soluciones políticas alternativas a la segregación violenta supuso, en el plano literario, la ruptura entre actitudes intelectuales de corte neorromántico con inclinaciones simbolistas, que mediados los años 90 estaban más desarrolladas en Ultramar que en España. Si la ruptura con Filipinas frustró absolutamente el esfuerzo de Rizal por crear una narrativa culta en castellano, en Cuba dio lugar a la ignorancia de poetas tan extraordinarios y afines a la sensibilidad finisecular española como Julián del Casal, el propio Martí, Mercedes Matamoros, Bonifacio Byrne y los integrantes de la generación del 95 Carlos Pío Uhrbach y Juana Borrero. Como expresión de esta quiebra en los últimos años del XIX cunde en la opinión literaria española (en *Los Lunes de El Imparcial*, p. ej.) un acentuado desdén contra la literatura renovadora procedente de América. Baste recordar también del éxito que tuvo el libro *Ripios ultramarinos* del crítico Antonio de Valbuena, cuya primera entrega data de 1893.

12. «¿Midió Rizal todo el alcance de su libro [*Noli me tangere*]? ¿Presumió que iba a causar tan honda impresión en su país? Supo, sí, que hizo algo; guióle un fin más elevado que el de limitarse a escribir una obra de entretenimiento; pero tenemos por indudable que no llegó a imaginarse, al dar la última plumada, que con su *Noli me tangere* iba a conmover el espíritu de su patria, a prepararla para una revolución trascendental» (W. E. Retana, *Vida y escritos del Dr. Rizal*. Madrid, 1907).

José Martí (1853-1895) no sólo fue el gran visionario de la libertad cubana sino uno de los grandes prosistas del modernismo americano, con una concepción literaria que no se agota en la prefiguración estética de la independencia de su país. Martí siempre supo complementar la emoción abstracta de su optimismo patriótico con su intensa participación en la lucha por la emancipación y, a diferencia de Rizal, nunca permitió cuestionar sus vínculos con la revolución. Desde que en 1871 publicó en Madrid su impresionante alegato «El presidio político cubano», o desde que en 1873 ponía, con aplastante lógica, a la 1ª República, ante sus responsabilidades históricas con Cuba ¹³, fue constante en exigir para su isla las mismas libertades que los españoles demócratas recababan para sí mismos.

Martí tuvo que armonizar su doble condición de político y de poeta.

Inspirador de la revolución, opuesto a las tentaciones anexionistas yanquis, es entre sus escritos de 1895, tras su definitivo desembarco en Cuba, donde encontramos las páginas más estremecedoras de un escritor cuya ambición de armonía universal es la respuesta a su experiencia del mundo norteamericano. «Viví en el monstruo y conozco sus entrañas...» escribía en su carta inconclusa a Manuel Mercado en vísperas de su muerte. Lo que menos deseaba Martí era precisamente la intervención yanqui en Cuba. Sus apremios revolucionarios estaban estimulados sensitivamente por su condición de desterrado y su declarada incomodidad en la vida disgregada de los Estados Unidos. Para él Cuba era el mito del edén, que restablecía la perdida unidad de la vida en la era industrial. Visionario y profeta, supo sostener el mínimo realismo político indispensable para pactar el liderazgo político en la fase utópica de la revolución, pero cabe sospechar que sus cualidades —su facundia poética, su condición de ideólogo-soñador— quizá no hubieran sido las más adecuadas para las presiones y ambigüedades políticas que el futuro reservaba a la soñada Cuba Libre. Murió temiendo el divorcio entre las fuerzas revolucionarias y el espíritu unitario que él había tratado de sembrar (Martí, 1997, p.

13. «La República española ante la Revolución cubana» (Martí, a.d. 1895).

125). El 14 de mayo de 1895, anotaba sus dudas de intelectual en un breve pasaje de su *Diario*:

Escribo poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo... [Martí, 1997, pp. 125 y 133]

Ni su ponderada actitud política, ni su valor literario —en momentos en que el modernismo era todavía rechazado— fueron valorados en la Península durante los años del fin de siglo. Sus obras completas no se publicaron en España hasta 1925, y sus *Diarios* de guerra acaban de editarse en Barcelona (1997) al reclamo de este Centenario que nos congrega.

TESTIMONIOS DIRECTOS DEL CURSO DE LA GUERRA Y DE LA VIDA MILITAR

Síntoma de la injusticia del Régimen de la Restauración (Serrano, p. 127), el sistema de reclutamiento se convirtió en *leitmotiv* de escritores de la oposición republicana, como Blasco Ibáñez, que asociaban el establecimiento del servicio militar obligatorio con las reformas democráticas que brotarían «al soplo divino» de la revolución igualitaria (Blasco, 1978 p. 56). Los artículos del novelista valenciano en su diario *El Pueblo*, cargados de fuego demagógico, repitieron con machacona insistencia las consignas de *Que vayan todos: pobres y ricos, ¡O todos o ninguno!*, *El pueblo no quiere la guerra*, *Qui prodens?* (¿a quién aprovecha?), *Que haga la guerra el Nuncio...*, al tanto que acuñaba imágenes de gran impacto, como *el gran vampiro*, referida a la monarquía, como piedra angular del régimen que no había sabido evitar la guerra (pp. 47-48). Sus sintéticas descripciones de los embarques de tropas aunaban la apretada argumentación ideológica con el patetismo retórico de seguro efecto, propio del folletín social:

Ayer, aglomerado en lanchones y subiendo las empinadas escalerillas de los costados, iba entrando en el buque el

rebaño gris, la cohorte de desgraciados que no tienen padre ni seis mil reales, ni cacique que les proteja, y que víctimas del desbarajuste nacional y de absurdos privilegios, marchan a la guerra para derramar su sangre por esa integridad nacional que sólo parece interesar a los pobres (Blasco, 1974. p. 185).

Otro valenciano, Manuel Ciges Aparicio (1906, 4^a, I), que a principios de 1896 ya había reclamado la autonomía cubana en un artículo publicado en el diario republicano *El País*¹⁴, también testimoniaba la gran tensión del embarque de los Cazadores de Figueras, en el puerto de Barcelona, desarmados por la oficialidad para prevenir cualquier resistencia, en agosto de 1896. La travesía, se sujeta a las habituales discriminaciones jerárquicas entre el pasaje militar:

Los oficiales van en primera. A los sargentos nos dan literas de preferencia, y nos sirven en el comedor de segunda. Entre nosotros y los soldados no hay relación. Ellos van en los sollados, llenos de suciedad y mal olor. El aire es tan denso, que se sienten enfermar, y prefieren dormir sobre cubierta. Para comer, forman de diez en diez; les entregan un barreño lleno de pasta que trasciende a bacalao —más despreciable que el rancho del cuartel— y nada más.

Como la comida es ínfima y escasa, en suplementos se gastan las sobras y el plus de campaña. Los camareros están en inteligencia con el sobrecargo, y todos con la cocina, de donde salen las raciones, vendidas a excesivo precio. También se vende aguardiente, vino, tabaco, barajas. Cuando el viaje termina, todo el dinero que han recibido dos mil hombres está en el bolsillo de los empleados.

La perspectiva del testimonio puede variar si el relator es un oficial, como ocurre con Ricardo Burguete, que viaja en primera clase entre tertulias, veladas recreativas, juegos de sociedad, regalo gastronómico, ensueños voluptuosos y contemplación demorada

14. «Pro-Autonomía», *El País*, 1-1-1896. p. 1.

del paisaje. Hay que esperar casi al final de su primera travesía a Cuba (1895) para advertir, la presencia de la tropa a bordo — instalada en proa, discreta y silenciosa, sin importunar con su presencia al pasaje elegante (Burguete, 1902a, p. 39).

Sin embargo, Burguete, presenta en sus dos mencionados libros —«de un testigo» (referido a Cuba) y «de un herido» (a Filipinas)— su vivencia de la guerra colonial como una progresión desde los iniciales prejuicios jerárquicos de la milicia, hasta un positivo acercamiento a la sensibilidad del soldado en campaña, incluso a las motivaciones del adversario. Consecuentemente, en su viaje de regreso de las Antillas, en junio de 1896, ya bajo el peso de una trágica experiencia (había perdido a un hermano, y él mismo resultó herido en acción que le reportó una laureada¹⁵) se manifestaba más próximo al sufrimiento de la tropa:

El pasaje es numeroso, singularmente el de tercera. Las bodegas de popa y proa vienen atestadas de soldados enfermos y heridos.

La guerra devuelve su sobrante: palúdicos, disintéricos, tuberculosos, amputados. Sin esperanza de salvación en su mayoría, todos vienen en demanda del regazo patrio. [...]

Todos aquellos cuerpos juveniles son el sobrante de otras tantas vidas segadas a lo largo de las ciénagas, en el fondo de los bosques o en el encharcado suelo de los fortines mefíticos (Burguete, 1902a, pp. 194-195).

EL ESCENARIO DE LA GUERRA

La convicción de la inevitabilidad de la guerra era común a ambos contendientes, aunque en el campo independentista se mantenía, como raíz justificativa, el optimismo que inspiraban las últimas cartas de Martí, donde se transfiguraba poéticamente, con moderna sencillez, su concepto de la revolución, que «crece natural y sana, exquisita como una niña en sus afectos, pura como

15. Este combate tuvo lugar el 28 de diciembre de 1895, cuando una guerrilla de 35 tiradores, mandada por el entonces teniente Burguete, entró en un cuerpo a cuerpo con el enemigo, que fue considerado heroico. El expediente contradictorio excluyó de la laureada a los guerrilleros supervivientes por razones reglamentarias, lo que motivó las censuras de la prensa (Reverter Delmás, 1899, 3^o, pp. 345-353).

sólo lo es en el mundo el aire de la libertad» (a. de 1895c, p. 248). Una guerra hecha con dolor «para extirpar la tiranía en el propio país y lograr, con los sacrificios pasajeros de hoy, la paz feliz y durable de mañana» (Martí, a. de 1895c, p. 239).

Las diversas fuentes coinciden en resaltar las penalidades del soldado español, deficientemente equipado e inerme ante las epidemias; las marchas interminables, que describen Ciges y Burguete, por las lomas, bajo la lluvia o por terrenos pantanosos, en busca de un enemigo invisible, escurridizo:

¡Extraño desfile! Rotos los trajes por las espinas de la linde, con barro hasta la cintura; en algunos, al pantalón había sucedido el calzoncillo, y muchos otros, conservando una sola pernera, mostraban la desnuda pierna envuelta por una corteza de fango idéntica a la que cubría los desnudos pies de todos. No era posible conservar las distancias. Encorvados bajo el peso abrumador de la fatiga, con el fusil y el macuto terciado a la espalda, apoyados en largos palos cogidos en el bosque, el desfile de los hombres era una continua sucesión de saltos, sorteando troncos y baches, a los que sucedían resbalones amenazadores de horribles desguinces o estruendosas caídas que presagiaban ser mortales. Así eran las angustiosas horas de marcha (Burguete, 1902a, p. 113).

La inadecuación de la táctica militar española a las condiciones de aquellas guerras es otro motivo constante de lamentaciones y denuncias. Al periodista Luis Morote le explicaba un jefe mambí, en plena manigua, cómo doce fusileros emboscados podían hostilizar con éxito a toda una columna española de cientos de hombres:

¿Oye usted, ese tiro seco, aislado, intermitente? Ese es un *tiro cubano*. Los rifleros descargan a cosa hecha, cuando han apuntado, cuando están seguros de tumbar a algún enemigo. En cambio oiga usted ahora. Son doscientos, trescientos tiros, todos de una vez, en descarga cerrada, a la voz de mando, ¿no es verdad? Pues ese es *tiro español* que por regla general no causa ninguna baja, porque se hace al buen tun-tun, por hacer que hacemos, por cumplir la obli-

gación. Ya comprenderá usted, que en esas condiciones, les tenemos que llevar ventaja y se la llevamos (Morote, 1908. p. 319).

En la descripción de los combates se suele imponer la sensación de lucha personal: comentarios triviales de la tropa; mandos que se mueven por la línea de fuego, corrigiendo posiciones, reprendiendo o animando a sus subordinados por sus nombres, que se interesan familiarmente por la suerte de un herido o de un agonizante; la sustancial dependencia de los caballos, que aparecen casi humanizados; hospitales de sangre descritos con crudeza naturalista, propia de la escuela zolesca.

Ciges Aparicio esboza con estilo impresionista y vivo varias situaciones de fuego, especialmente en la última fase de su libro *Del Cuartel y de la guerra*, que narra la persecución de Maceo por las Lomas de Pinar del Río, en noviembre de 1896, bajo el mando directo de Weyler:

Suena un tiro. Silba una bala. Luego suenan otros. La guerrilla responde con una carga que llena el espacio de ruido. Allí abajo se repiten las detonaciones; se extiende la línea de fuego; sus balas vienen rumorosas; estallan sobre nuestras cabezas o se clavan en el suelo, levantando chispas de tierra. Los movimientos de la compañía son torpes y azorados. Las balas llegan en densa granizada, y al pasar rozando las cabezas arrancan a los soldados leves gritos de sorpresa. El capitán grita que se arrojen al suelo, cubriéndose con las espesas matas que pueblan la eminencia, y rompan el fuego. El teniente de Academia que manda la tercera sección, imita a los soldados, y se echa, muy tembloroso detrás de la tropa. El capitán llega, le reprende; le ordena que vigile de pie a su sección.

Cuando pasa el peligro, los soldados hacen chistes:

—¿Suenan bien, verdad?

—¡Sí; buena música pa' que se la toquen a tu agüela!
(Ciges, 1906, 4ª, XXIV).

Este desenfado inconsciente de la tropa en momentos graves es registrado en similares términos por el sargento Muñiz de Quevedo (1898, p. 105):

...he visto estallar un bote de metralla de los que aquella tarde nos envió Maceo, entre un grupo de soldados que coronaban una altura, y todos ellos se quedaron un rato con ese característico «Ahaa...! de las muchedumbres, cuando en las funciones de pirotecnia estallan los cohetes de luces. [...] He visto pasar las balas rozando las mejillas de la tropa, atravesando sus sombreros, desgajando los pinos que en las faldas de los montes tenían a su frente los soldados, y, sin embargo, lejos de temblar, [*se mofaban*] imitando con silbidos el zumbar del plomo en los aires.

Intentando profundizar en la psicología bélica, Ciges Aparicio observa, con pesimismo español, que sólo el odio ciego y el instinto de supervivencia sostiene a los combatientes de ambos bandos, por encima de toda motivación ideológica:

Este odio ha hecho carne en los que operan. Ni en el separatismo ni en España ven la defensa de una causa superior que los incita a beligerar. Sólo ven en los de en frente, lo que aquéllos ven en éstos: enemigos mortales que les hacen andar de día y velar de noche; enemigos que preparan sorpresas y emboscadas, y causan muertes. Los instintos pretéritos ahogados por los hábitos de la paz, rompen su clausura y renacen hambrientos e irritados anhelando ocasiones de saciarse (Ciges, 1906, 4^a, XVII)¹⁶.

16. La piedad de la sangre propia incita a la demonización del enemigo en el separatista Eduardo Rosell cuando anota en su *Diario* (20-8-96): «Uno de los exploradores que se dispersaron [...] apareció por aquí. El otro día le sorprendió una columna enemiga, cazándolo a tiros. El explorador tuvo tiempo para defenderse e hirió a dos soldados españoles. Probablemente por vengarse de este hecho, no sólo machetearon el cadáver del insurrecto sino que lo arrastraron atado con cordeles a la cola de un caballo. ¡Cafres!». Otra visión de la crueldad del adversario en el mismo Rosell (9-6-1896): «Dicen que hay muchas guerrillas por aquí, y que hacen gran daño. Queman todas las casas y matan o cogen todos los caballos encontrados, según estos sean malos o buenos; nosotros hemos hallado varios apuñaleados en los caminos reales, por donde ellos han ido pasando. Andan siempre acompañados de columnas, y como vanguardia de ellas; han cometido muchos atropellos en las sitierías de por aquí, y entre las cuales se citan, el asesinato de un ciudadano americano hace muy pocos días, y el envenenamiento del coronel Sarduy y de cuatro más.» Pocos días después (17-6-96) anota: «Dicen que hay un pozo [...] medio oculto entre unas piñas, y allí el cadáver de un negro en estado de descomposición. Tiene cuatro o cinco días de muerto; se encuentra maniatado y se supone fuera arrojado al pozo por la guerrilla cuando cruzó por aquí.»

Es habitual en ambas partes el t3pico de «la sangre derramada» que empapa y fecunda los campos. Una imagen de Burguete alcanza singular patetismo al asociarla con el color de la tierra cubana:

Ves esta tierra rojiza; parece que mane sangre y est3 sedienta. Toda la sangre de Espa1a no bastar3a para saciar su sed. Yo le he visto beber la sangre de los heridos sin dejar rastro. Bebe sangre como las otras tierras beben agua. Dir3ase que las rojizas salpicaduras de sangre son para ella lluvia ben3fica... (Burguete, 1902a, p. 162)

Incluso en Jos3 Mart3 (a. de 1895c, p. 249; 1997, p. 99) es posible encontrar la perplejidad del hombre sensible, inmerso en la furia de la guerra, al advertir en s3 mismo la neutralizaci3n del horror ante la visi3n de la sangre¹⁷:

¿C3mo no me inspira horror la mancha de sangre que hay en el camino, ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya est3 enterrada, en la cartera que le puso de almohada un jinete nuestro?

La evocaci3n de los efectos de la pol3tica de tierra quemada, impuesta por Weyler a partir de 1896, alcanza en Ciges Aparicio dimensiones de 3pica ir3nica, con expl3citas acusaciones contra el general mallorqu3n:

¿Esos hombres bronceados y magn3ficos, que desgarran los flancos del caballo y vuelan por los campos, la barba tremolando al viento, son guerreros de otra edad, o son bandidos legendarios? Como turba de centauros se arremolinan en torno de los boh3os, echan sus cerillas inflamadas sobre las palmas secas, y el humo brota, y el fuego surge. Execrables y ululantes, se revuelven entre humos y llamas, el

17. En otra situaci3n menos violenta Rosell (1949, p. 195), ante la proximidad del desembarco en Cuba y la inminencia del peligro dice no sentir ninguna emoci3n. De hecho es constante la premonici3n de su propia muerte sin que en su diario, que contiene abundantes reflexiones 3ntimas, exprese ning3n momentos de angustia.

machete irritado en la diestra. Huyen, y a porfía rayan los ijares del caballo en busca de otro bohío: huellan plantaciones; destruyen sembrados; se lanzan frenéticos en el verdor de los platanares, decapitando sus cogollos. ¡Son admirables, y son odiosos!... No pudiendo sembrar el campo de sal, Weyler desea que su paso lo muestre su saña. Aquella mandíbula dura y saliente no puede mentir. Los que por implacable le enviaron a Cuba, no sufrirán decepción. En esta jornada verán la obra de un Weyler de cuerpo entero.

Ni campo fructífero, ni morada, ni ser viviente.

De trocha adentro todo lo arrasa la furia.(Ciges, 1906, 4^a, XXIII).

El motivo clave de la crueldad innecesaria es la reconcentración de campesinos, prevista por Martínez Campos, y decretada por Weyler en octubre de 1896, que ninguna pluma española denunció con tanto vigor como el sargento Ciges, una conciencia civil accidentalmente armada:

Los vecinos de Cabañas han recibido orden de concentrarse súbitamente en Mariel, y en su pueblo dejan todo: todo, menos la fiebre que los consume con su fuego lento y amarillo. Llegan en mortal éxodo: los alojan en barracones de guano, al borde de una playa corrompida donde la caballería baña a sus bestias. Las calles están pobladas de idéntica sordidez. En unas calderas cuecen ínfimo rancho y dan de comer al reconcentrado que lo pide. Niñas de diez o doce años se rinden, inocentes y pasivas, por lo que quieran aborzarles (Ciges, 1906, XXII).

Piénsese que la retórica naturalista de estas descripciones sustituye la falta de información gráfica, por más que existan documentos fotográficos estremecedores, entonces desconocidos en España. La visión de Ciges Aparicio alcanza dimensiones dantescas en su primer libro, *Del cautiverio*:

Allí dentro, en aquel ambiente letal, vi revuelto montón de harapos y descarnados huesos: hombres, mujeres y ni-

ños; blancos y negros; vivos y muertos. Sobre desvencijado catre, sin colchón, ropa, ni cabezal, jadeaba un vestigio de mujer mal cubierto con los guñapos de la mugrienta camisa que algunas horas después le serviría de sudario; porque la muerte taciturna habíala marcado ya con estigma imborrable en todo su ser: en el temblor convulso de sus miembros, en la contracción de la boca purulenta que no podía espantar una mosca impertinente que en ella se había posado, en la ancha franja cárdena que rodeaba las hondas cuencas donde se revolvían cansados los vidriosos ojos agonizantes. Abrazado a ella había un niño que, obstinándose en tomar leche, succionaba sangre en los flácidos pechos de su madre. [...]

Vecinos de la eternidad, todos esperaban confiados la muerte que les haría leve tan inacabable suplicio. Allí no había medicinas, pan, ni higiene. Nadie se acercaba a consolarles en su abandono irreparable. No era la resignación cristiana ni la sabiduría estoica, sino el lento acabamiento de las fuerzas vitales quien les había enseñado a no temer la muerte. La nada, el sumo descanso era una necesidad para aquellos seres borrados ya de entre los vivos... (Ciges, 1903, 1ª, II).

La sustitución de Weyler por el general Blanco, a fines de 1897, fue considerada como un signo de victoria por los separatistas. En aquellos momentos la «musa guajira» no se anduvo por las ramas y se cantaron redondillas burlescas como ésta:

«Mi querido Valeriano,/ cuando te vayas de aquí/ te llamarás Valerí/ porque habrás perdido el ano (Bonafoux, «Campo de soledad» [1898], 1908, p. 33)

El motivo reaparece en algunos villancicos «de actualidad» difundidos por la prensa peninsular en las navidades del 97 y del 98, expresando el descontento que producía la situación militar, como en la siguiente coplilla firmada por el sevillano Felipe Pérez y González, autor del texto zarzuelero de *La Gran Vía*:

La nochebuena se viene,/ la nochebuena se va/ y en cambio don Valeriano/ ni viene, ni va, ni ná» (*El Liberal*, 25-12-1897).

El tópico subsiste tras la derrota, teñido de barniz patético, en estos versos de *Ginés de Pasamonte*:

El general Weyler viene/ el general Weyler va.../ ¡pero
cuántos que se han ido/ ya no volverán jamás! (*Blanco y Negro*, 24-12-1898).

Por contraste, entre las imágenes de guerra, se deslizan también remansos de placidez que pueden expresar la integración posesiva de los combatientes en la naturaleza, sobre todo en campo separatista, bien patente en las últimas cartas de Martí (firmadas en Baracoa, 16-4-95) cuando escribe a Estrada Palma: «En estos campos suyos, únicos en que al fin me he sentido entero y feliz» (a de 1895c, p. 218). Incisos similares observamos en Eduardo Rosell como nostalgia de normalidad y paz:

¡Qué bonito lucía ayer nuestro campamento! Estábamos situados a orillas de un río, en un pequeño valle formado por la falda de varias lomas, así es que desde una de ellas se divisaban todos los ranchos y las luminarias, encendidas para cocinar. Había más de cien candeladas, por todas partes (Rosell, 1950, p. 25).

La guerra tiene también sus momentos de distensión —oníricos, eróticos —*Marte sufre por Venus*, escribe Ciges Aparicio—, o simplemente festivos. Hasta llegar a desahogos anecdóticos, como el de los cocuyos o gusanos de luz, que danzan en la noche (1902a, pp. 80-81) y que Ricardo Burguete resuelve líricamente:

Traté de recoger uno que creía ver en el suelo y sumergí las manos en un charco en el fondo del cual fulgura el reflejo de una estrella.

En Ciges Aparicio, este mismo tópico se formaliza en un episodio más desenfadado: la confusión de los silbidos y rastros luminosos de los insectos en la noche induce a los centinelas de una compañía de fusileros españoles a creer que se halla frente al enemigo, por lo que responde con fuego discrecional hasta que, a

la mañana siguiente, se advierte que aquella había sido la qui-jotesca batalla de los cocuyos (Ciges, 4^a, VIII).

REPATRIACIÓN Y CONCIENCIA MILITAR DE LA DERROTA

La vivencia de la repatriación se tiñe de trágicos perfiles, entre simbólicas tempestades oceánicas. Es el tópico central de la literatura bélica, naturalmente el más dramático. El viaje de regreso va dejando una fúnebre estela de cuerpos sin fortuna. Quizá sea a Burguete a quien debemos la imagen más sutil, esbozada con mórbida retórica decadente. Al avistar La Coruña, a bordo del *Colón*, en una «mañana cenicienta y llorosa», velada por tupida llovizna, entre «los ansiosos gemidos de las sirenas», por un momento se borra de las pupilas de los supervivientes «la opaca sombra del dolor y de la desesperación». Entre la niebla van dibujándose las «altas chimeneas de las fábricas» y su aparición deshace el conjuro de la emoción patriótica para dejar paso al sarcasmo realista que pone el dedo en la llaga de las raíces mercantilistas de la guerra:

Justo agasajo rendido por la industria a los queridos hermanos que venían de defender un mercado allá en remotas tierras. . [...] El humo de las fábricas trajo a mi mente el humo de los incendios. Uno pedía el otro. Las guerras seguían siendo en la humanidad las mismas; los pretextos eran diversos. El comercio y la industria floreciente y poderosa bajo la actual civilización, necesitarían cada vez más de la guerra para abrirse nuevos mercados o sostener los actuales. [...]

Justo, muy justo el saludo de las airosas chimeneas a aquella legión de inválidos de la guerra. (Burguete, 1902a, pp. 202-203).

Otra variante de esta interesante asociación entre la repatriación y la industria, se halla en el joven Ramiro de Maeztu (1899, II) cuando, a los últimos vestigios de la guerra cruenta que traían los trenes de repatriados, con su «desfile de *muertos vivos*», oponía la insultante alegría de vivir de Bilbao y sus alrededores, una

sociedad en plena expansión fabril que configuraba el futuro: «Diga lo que quiera el pesimismo, no moriremos de un hartazgo de dolor», ironizaba con optimismo el vitalista escritor vasco.

Las formalidades de la dignidad y el honor militar ante la derrota pueden documentarse en el diario del coronel Cortijo (1898), prisionero de guerra, quejoso de verse mezclado con su propia tropa vencida, comiendo una misma «bazofia asquerosa y repugnante» impropia de oficiales:

 Mi categoría en un ejército regular de nación civilizada es aquí letra muerta. El gobierno de la Unión me ha convertido a mí en un soldado raso por la razón de la fuerza; ha hecho lo mismo con mis oficiales, y se extreman ostensiblemente las medidas de rigor, de desconfianza, de desdén. Un sargento mulato nos hace formar y nos ordena desfilar de a dos entre filas de soldados armados, y así nos llevan tres veces al día al comedor, sirviendo de espectáculo a los curiosos el ver un coronel de mi ancianidad en situación tan triste.

Estos gestos externos de la dignidad del vencido, o de su orgullo herido, que sacrifican la manifestación de íntimas sensaciones al último referente de las ordenanzas, inspiran también el relato del capitán Saturnino Martín Cerezo (1904), a quien el destino reservó los dictados heroicos que negó a la anodina captura de Cortijo. En su crónica del sitio de Baler —los últimos de Fipilinas— se narran situaciones patéticas con prosa muy directa, pero quizás ninguna tan impresionante como su decisión de ejecutar dos sentencias de muerte aplazadas contra dos frustrados desertores, en vísperas de una última salida desesperada para romper un cerco de dieciocho meses, a fin de no dejar cuentas pendientes con el Código de justicia militar:

 La ejecución se realizó sin formalidades legales, totalmente imposibles, pero no sin la justificación del delito. Era una medida terrible, dolorosa; que hubiera yo podido tomar a raíz del descubrimiento de los hechos, y que hubiese debido imponer sin contemplaciones cuando la intentona

de fuga; que había ido aplazando con el deseo de que otros la decidieran y acabasen, porque ya era fatal y precisamente ineludible. Mucho me afligió el acordarla; busqué un resquicio por donde poder librarme de semejante responsabilidad, y no pude hallarlo sin contraer yo mismo la de flojedad en el mando. [...] Fue muy amargo, pero fue muy obligado. Procedí serenamente, cumpliendo mi deber, y por esto, sin duda, ni un solo instante se ha turbado jamás la tranquilidad de mi conciencia (Martín Cerezo, 1904. p. 188).

La sumisión del yo al orden, la aceptación del relativo principio de realidad que supone la disciplina militar, aborta en estos casos la posibilidad de una expresividad literaria y de un patetismo más duraderos que, en cambio, sí encontramos en los libros de Ciges Aparicio, incluso del propio Burguete, donde las contradicciones entre las armas y las letras son mucho más intensas por la mayor implicación de la conciencia crítica.

En suma: entre los que fueron a la guerra se impone la naturalidad, junto a impulsos primarios de odio, piedad, dignidad y supervivencia. En ellos apenas encontramos el artificio retórico patriotero, tan común en la literatura ideológica producida “a distancia”, de la que nos ocuparemos a continuación.

LA RETAGUARDIA PENINSULAR

En la retaguardia peninsular se contempla la guerra como un teatro, tópico nada nuevo en la imaginiería literaria y gráfica del XIX, que José de Siles (1905, pp. 70-71) reactualizaba a propósito del 98, subrayando la frívola curiosidad de los espectadores:

Hubimos de considerar la guerra de Cuba ni más ni menos que como un drama teatral. Asistimos a ella como se asiste a un teatro. Discutimos con pasión su plan, sus intérpretes, sus escenas. Como se representaba allá lejos, pedíamos día a día, hora a hora, minuto a minuto los mil incidentes de su complicada acción. Y nos disgustábamos porque no veíamos el desenlace, y pateábamos como chiquillos rabiosos porque no adivinábamos lo que tenía en sus entrañas lo que tomábamos por juguete...

Desde el punto de vista de la psicología colectiva son de interés las imágenes compensatorias que, haciendo abstracción de la política y de la historia reales, ofrecían al lector fantasías que iban desde el más desbocado optimismo hasta los remedios expiatorios y las recetas arbitristas para sobrellevar la derrota.

Entre las optimistas, destaca la temprana predicción que de la intervención yanqui hizo Nilo M^a Fabra, fundador de la agencia de noticias de su nombre, al publicar en *La Ilustración Española y Americana* (marzo-abril 1896) una parábola anticipatoria que vino a convertirse en el reverso de la realidad histórica, imaginando para el conflicto cubano un final favorable a las armas españolas, con la exaltación de la concordia entre las “razas” —entiéndase culturas— hispanoamericanas.

El relato de Fabra ofrecía una imagen degradante de los Estados Unidos como potencia económica seudodemocrática, donde se habían extraviado los principios liberales a causa del agio y los monopolios, interesada en disponer de Cuba para dar una salida a su creciente población de color y convertirla en una colonia negra yanqui¹⁸. La trama, llena de lógica, a veces se aproxima a lo que sería realidad: hay forcejeos diplomáticos que preceden al hundimiento, en aguas de Puerto Rico, de un poderoso crucero americano, destrozado por el efecto de un torpedo español, que prefigura la voladura del Maine como hecho desencadenante de la guerra; hay bloqueo de La Habana por la escuadra enemiga, eso sí, contrarrestado con las “patrióticas protestas” de la población civil; y hay desembarco en Matanzas de los invasores, que han de emprender una penosa marcha terrestre, diezmados por la fiebre amarilla y las calenturas palúdicas¹⁹, mientras son abandonados por los insurrectos negros, «indignados por el menosprecio con

18. Esta misma convicción inspira, también en clave de anticipativa, un artículo racista del diario salmeroniano *La Justicia* («Examen de Geografía 1996», 10-12-1896), donde Cuba se había convertido chistosamente en Nueva Nigricia; el estado cubano era una República parda; Santa Clara, Santa Oscura, y su producción mineral «cisco, betún y negro de humo» (Serrano, 1984, p. 83). Esta actitud racista hubo de disimularse formalmente, cuando al término de la guerra, entre los repatriados, llegó a la Península un contingente de soldados de color leales a España, que urgía acomodar, para lo que se habló de agruparlos en una unidad militar en las plazas africanas. («Los soldados negros», *Blanco y Negro*, 1-10-1898).

19. En la realidad los yanquis no se vieron libres de estos inconvenientes, durante la fase de ocupación, tras la rendición de Santiago de Cuba (Azcárate, 1968, pp. 145-146).

que les trataban sus libertadores». Como exigía el guión más tópicco, las armas españolas, pese a su inferioridad técnica, se imponen por mar y tierra gracias a la inspiración del almirantazgo y a la moral de sus soldados de reemplazo, incontestablemente superior a la de los mercenarios yanquis, que acaban desertando y amotinándose al grito de «¡Viva la revolución social!», arranque de una «pavorosa» revuelta de «petroleros» y «harapientos» que se propaga en cadena hasta Wall-Street y llega a las mismas puertas del Capitolio, siguiendo el modelo de la Comuna de París²⁰. El optimista corolario de Fabra, más inclinado a las lecciones históricas del siglo XIX que a las que se avecinaban, no puede ser más revelador de las miserias ideológicas del belicismo español:

¡Tal será la suerte de los ejércitos vencidos que no cuenten como base principal las sufridas y honradas masas rurales, esclavas del deber y la obediencia y refractarias a las ideas disolventes de los presentes tiempos! ¡Ay de las naciones que confíen su honra o la salvaguardia de la paz pública a manos de aventureros que se inspiran en el odio contra el orden social o en el menosprecio del concepto de la patria! (Fabra, 1997, p. 76).

En una fase más avanzada del conflicto colonial, se hace patente la conciencia de la debilidad española, que trata de buscar ocultas energías, en las representaciones literarias de fantasías destructivas —construcción de barcos y armas mortíferas imaginarias, como panacea desesperada ante la guerra inminente con los Estados Unidos. Ejemplo sublimatorio puede verse en la novela del malagueño Martínez Barrionuevo (1857-1919), *El buque de guerra* (1899), donde el ingeniero Daniel de Armental ha de luchar con la incomprensión e inquina provincianas para llevar a cabo el gran proyecto que requería la Patria, un buque de combate de

20. Se trata de un argumento de gran persistencia. En *Heraldo de Madrid* (6-4-1898) se presumía una fácil victoria española porque, en cuanto entraran en fuego, «desertarían las tripulaciones de los buques norteamericanos, formadas como es sabido, por gentes de todas las nacionalidades». También en diarios ingleses (como *The Engineer*, 15-2-1898) se especulaba con el mismo tópico y se interpretaba el alistamiento de tres mil mercenarios suecos en la armada yanqui como un indicio de debilidad (Azcárate, 1968, p. 105).

once mil toneladas²¹. Hace falta la ayuda sobrenatural —el desbordamiento de un río que inunda el astillero— para que el barco, cuyo nombre es «España», sea botado contra todo impedimento.

Otro motivo recurrente, fue la curiosidad despertada a lo largo de 1898 por los experimentos del murciano Manuel Daza, inventor del toxpiro²² —o «fuego venenoso»—, que alentaron el tópico del arma infernal capaz de destruir al enemigo en poco tiempo, incorporado episódicamente a algunas novelas importantes. José Nogales (1901b, caps. XI-XII) lo recoge en clave grotesca, en *El último patriota*, donde un armero provinciano apellidado Carlanza inventa el Fulminario, «aparato [...] de tal poder destructor, que las más poderosas escuadras del mundo volarían hechas añicos» a su estallido (p. 103). José Martínez Ruiz, en *La voluntad* (1902, 1ª, caps. XII-XIII) trata el motivo con más circunspección y ambigüedad, idealizando melancólicamente, con algún toque paródico, el fracaso del inventor Quijano, personaje de resonancias cervantinas directamente inspirado en Daza, que explica su plan del siguiente modo:

A dos, a cuatro, a seis kilómetros, con velocidades reguladas a voluntad [...] enormes cantidades de dinamita podrán ser lanzadas contra un obstáculo cualquiera. ¿Se comprende todo el alcance de la revolución que va a inaugurar la nueva arma? La marina de guerra cambiará por completo; los acorazados serán inútiles. Desde la costa, desde un lanchón, un toxpiro hará estallar la dinamita contra sus reacios blindajes y los blindajes volarán en pedazos. España volverá a ser poderosa; Gibraltar será nuestro; las grandes potencias solicitarán nuestra alianza. Y la vieja águila bifronte tornará a revolver majestuosa por Europa. (Martínez Ruiz, 1902, p. 89).

21. En realidad, la armada española encargaba el acondicionamiento de sus buques más emblemáticos a astilleros extranjeros, ante la incapacidad de los nacionales (Serrano, 1984, p. 40).

22. Véase Luis Gabaldón, «El torpedo Daza. Un día en Socuéllamos», *Blanco y Negro*, 25-6-1898. El toxpiro era un proyectil cónico, aéreo, de mayor alcance que los lanzados por cañones convencionales, dotado de unas aletas estabilizadoras, que provocaba un número irregular de explosiones en cadena durante su recorrido, liberando gases tóxicos.

La tecnología destructiva seguía de actualidad incluso después de la derrota. El futuro premio Nobel, José Echegaray, publicó en *Los Lunes de El Imparcial* (9-1-1899) unas curiosas «reflexiones caldeadas al recuerdo de nuestros desastres», que insinuaban la conveniencia de la carrera armamentística para nivelar el poder destructivo de las naciones, sobre todo en la guerra marítima, por medio de nuevas armas que combinarían la pólvora con la electricidad. Bajo el fantasma de Santiago de Cuba, Echegaray alentaba la esperanza nacional mediante el sueño científico:

Tales estamos los españoles, que más nos aprovecha soñar maravillas de la ciencia que revolvernó despiertos entre horribles realidades. Soñemos, pues.

LAS LETRAS PATRIÓTICAS EN LA PRENSA. PROSAS Y VERSOS DE GUERRA

Los tópicos del patriotismo burgués impregnan numerosos relatos breves, de corte sentimental, habitualmente difundidos a través de la prensa semanal (Martínez del Portal, 1993). En ellos observamos, por un lado: personajes intrahistóricos y anónimos, preferentemente de origen rural, obligados a hacer la guerra y llamados a suscitar en el lector reacciones de paternalismo social ante el sufrido Juan soldado. Como imprescindible contrapunto, claro es, la ejemplaridad de los mandos militares. Por otro lado, se desarrolla una amplia serie de **situaciones tópicas**: despedida del soldado; drama por desamparo económico familiar; redención a metálico o compra del sustituto; separación del terruño idílico; papel abnegado de la madre; relaciones epistolares; triunfalismo y desprecio del adversario; euforia antiyanqui en términos insultantes; desfiles entusiastas al son de la Marcha de Cádiz; comportamiento heroico en combate; la muerte gloriosa y, en fin, la inevitable y patética repatriación. Para los textos poéticos, Marta Palenque (1998, p. 276) ha observado cinco líneas temáticas fundamentales: invectivas contra los norteamericanos; defensa orgullosa de la superioridad española; descripción sentimental de la vida del soldado; arenga patriótica, y recuerdo fraternal de las antiguas colonias.

La persistencia de esta literatura convencional es limitada. En un medio orientado a la burguesía, como *Blanco y Negro*, se puede observar que el motivo de la guerra se interrumpe bruscamente antes de que acabe el mismo año 1898, como si hubiera prisa por instalarse en el olvido de que hablábamos al principio. En dicho semanario, la guerra convertida en materia literaria (narración, crónica, versos) había recibido una atención moderada en 1897 (apenas una docena de textos, entre los que se contaba alguno particularmente crítico)²³. Pero en 1898 se produce una progresión significativa, que transforma las leves críticas en entusiasmo ciego: durante el primer cuatrimestre, hasta la ruptura de hostilidades con Estados Unidos sólo se registran 4 textos; durante el siguiente semestre (mayo-octubre), que coincide con la fase álgida del conflicto, hay al menos 37 textos de carácter literario, casi en su totalidad cargados de optimismo patriótico; en el último bimestre, coincidiendo ya con las fechas de la conferencia de París, apenas vemos un par de poesías. En cambio, en medios de transmisión popular, como la literatura de cordel, la regresión hacia el olvido es mucho más lenta. Todavía hacia 1915, el catálogo de pliegos de la editorial Hernando ofrecía relaciones de la «Rebelión y despojo de las Islas Filipinas», «la Guerra de Cuba» y la «Guerra con los Estados Unidos», sin olvidar una biografía del «Excmo. Sr. General D. Arsenio Martínez Campos», mezcladas con ficciones clásicas como «El Conde Partinoples», «Flores y Blanca Flor», «El pastelero de carne humana», «Luis Candelas» o «Jaime el Barbudo»... De este modo, la historia reciente se diluía en la tradición literaria popular. En la colección de Aleluyas de la misma editorial se incluyeron cuatro pliegos sobre las guerras coloniales del 98, de cuya burda función ideológica dan idea sus primeros pareados: «El Katipunan dio vida/ a la guerra fratricida...», «Da

23 «Los muertos de la Patria» de Luis Royo Villanova (30-10-97) que evoca con tintes muy sombríos los barcos cementerios, cuyas víctimas lo eran más de la imprevisión y la enfermedad que de las heridas en combate. El autor apunta con intención contra «el romanticismo nacional»: «Cada uno de estos cadáveres galvanizados por el cariño, que llegan y caen como el soldado de Marathon, levantan en los pueblos un clamor de angustia y de protesta contra la guerra, todavía no bien comprendido por los Gobiernos ni por los capitanes Araña de la prensa y del café, que con cualquier pretexto siguen abusando de la nota bélica. [...] El mismo pueblo que llena las iglesias rezando por sus muertos, se entusiasma horas después con las ridículas baladronadas de D. Juan Tenorio».

el traidor tagalo el grito/ del Katipunan maldito...», «En Baire la insurrección/ alzó su infame pendón...». La pérdida de actualidad editorial de estas aleluyas se retrasa hasta 1926, fecha en que algunas de ellas fueron sustituidas, con el mismo número de catálogo, por títulos como «Nuevo juego alfabético para niños» o «Los 7 infantes de Lara»²⁴.

Tal vez convenga profundizar en la complementariedad de ambos fenómenos. De hecho, se sustrajeron pronto las escenas de la guerra a la clientela acomodada de la prensa burguesa, que comenzó a ser orientada desde el mismo 98 hacia la vulgarización de los símbolos regeneradores y al cultivo convencional de la iconografía prerrafaelita, como puede apreciarse en la prensa ilustrada de la época. En cambio, la visión de la guerra se sostenía en la oferta editorial, a través de un empobrecido esquematismo naturalista, como pasto patriótico de baja calidad para el consumo popular, que —al parecer— se suponía capaz de consumir el mito épico en ciclos de mayor duración, y en un contexto imaginario lleno de truculencias.

La frustración de la derrota provoca, a partir de julio de 1898, una contracción que lleva a los versificadores periodísticos a trivializar el asunto de la guerra mediante la fuga al humor negro o al disparate. Un ejemplo del sainetero y versificador gaditano José Jackson Veyán, «Correspondencia privada» (Blanco y Negro, 23-7-1898), contempla la insensibilidad de una mujer ante una patética misiva de su novio, teniente en Cuba, que le ha escrito contándole la dureza de la campaña. Ella, ajena a la gravedad de la situación militar, le responde que quiere verlo pronto con las tres estrellas de capitán, que está harta de la guerra, porque la bajada de la Bolsa le ha estropeado el veraneo en San Sebastián, y se aburre en Madrid, donde no hay más diversión que los toros y un par de teatros por horas. La ruptura de sistema, con moraleja disolvente, se produce en la quintilla final:

24. Cf. Jean-François Botrel, «Les Aleluyas ou le degré zéro de la lecture», en Jacques Maurice (dir.), *Regards sur le XXe siècle espagnol*. Université Paris X-Nanterre, 1995, pp. 9-29. Los números de la colección referentes a las guerras coloniales fueron: 120. *Las Islas Filipinas*; 122: *Rebelión filipina*; 123: *Insurrección cubana*; 124: *Los héroes de Filipinas*.

...No leyó el pobre teniente/ la carta escrita por Marta./
 ¡Yendo al peligro de frente,/ murió, afortunadamente,/ an-
 tes de llegar la carta.

En «Aquí y allá» (*Blanco y Negro*, 24-12-1898), Sinibaldo G. Gutiérrez desarrolla una anécdota con un desenfado que meses antes habría resultado escandaloso en el mismo medio: *Juan Soldado*, tras morir heroicamente por la idea santa de la Patria, acribillado a balazos, llega a las puertas de la Gloria y San Pedro le impide el paso, enviándolo al Purgatorio:

¡Estaba aquello bueno!... ¿De manera que el morir defendiendo a España daba lo mismo que morir de una pulmonía?... ¡Vaya una recompensa!...

Y el Santo contestó que en el cielo no tenían nada que ver con las cosas de abajo; allí no se distinguía de naciones, lo mismo daba español que ruso, lo importante era la pureza del alma...

Ante las quejas de *Juan Soldado*, San Pedro le muestra la imagen española de un hombre vestido de rayadillo, manco y cojo, con el pecho lleno de cruces militares, sentado en el dintel de una puerta pidiendo limosna:

—Tenía usted razón, padre... ¡Vale más el Purgatorio!

La trivialización caricaturesca de hechos intocables semanas antes, parece que tuvo buena acogida, a juzgar por cierto librito humorístico bastante difundido (al menos dos ediciones) —*Aventuras del Cabo López* (h. 1900)— cuyo autor, el oscense Vicente Castro Les, se esconde bajo el anonimato²⁵. En él, un *repatriao*, muerto de hambre, nos presenta al almirante Cervera «en calzoncillos y con un gorro de punto de media» cavilando la forma de salir del puerto de Santiago, acuciado por una indigestión de calamares (pp. 10-12).

²⁵ Debo la identificación del autor a la inagotable sapiencia de Juan Carlos Ara Torralba.

Otro buen ejemplo de esta demagogia literaria paternalista, a cargo de Alfonso Pérez Nieva («Por la Patria» *Blanco y Negro*, 21-5-1898), nos muestra a un albañil inverosímil, contagiado de fervor patriótico, que acude a colaborar en la suscripción nacional para sostener los gastos bélicos con dos pesetas, entre burgueses y aristócratas que donan fuertes cantidades.

La literatura legitimadora de la guerra, alentada por la prensa, constituye el gran engaño del 98, su humus nutricio. Mientras los políticos se rendían a la conveniencia de la derrota para salvar la monarquía (Serrano, 1984, p. 42), aun a costa del sacrificio material y moral de los españoles más modestos, la prensa cultivaba la buena conciencia burguesa con un patriotismo de opereta. Incluso, un premodernista como Manuel Reina se prestaba sin reservas a sublimar la moral victimista en versos hoy irresistibles, atribuidos a un soldado que escribe a su madre en Nochebuena:

¡Bella es la llama espléndida y ardiente/ que en el hogar
destella;/ pero la llama del cañón rugiente/ es para mí más
bella!// Si en holocausto de la Patria amante/ llego a perder
la vida,/ ¡qué importa! ¡Es una púrpura radiante/ la sangre
así vertida (*Blanco y Negro*, 25-12-1897).

Hay, claro es, en la prensa actitudes críticas, de menor difusión, pero significativas porque expresaban gestos de malestar y disidencia. Un ejemplo del cronista Rodrigo Soriano (1904, pp. 41-44), en «Puede el baile continuar», crónica literaria fechada en San Sebastián (1898) ironizaba sobre el veraneo del año del desastre, parodiando los ecos de sociedad:

Efectivamente, la gente ordinaria no veranea esta temporada aquí, en San Sebastián. Unos veranean en Cuba, otros en Puerto Rico, algunos en Filipinas, muchos en los cementerios y los más afortunados y frescos hace unas semanas se dieron un gran chapuzón en el fondo del mar y allí descansan. ¡Gran verano!

Nuestro distinguido amigo y *sportman* Juan Soldado ha salido con dirección a Santiago de Cuba. Después piensa detenerse unos días en Manila.»

Ni él ni su familia veranean este año en San Sebastián. Porque las señoras de la casa se dedican a un veraneo bastante divertido: a llorar. Y los hombres a un delicioso *sport*: a sufrir. [...]

¿Qué importa la deserción del pueblo y de España entera? ¡Váyanse lejos los de abajo, peleen, mueran! ¡Gocemos del verano!

Con similar motivo juega un breve cuento de *Clarín*, «En el tren»²⁶, recogido en *El gallo de Sócrates*, que hace coincidir en un viaje nocturno a un aristócrata ex-ministro de Ultramar —duque del Pergamino—; un teniente de Artillería destinado a Cuba que deja a su familia en precaria situación, y la viuda de un capitán muerto en combate. Con gran economía narrativa, se hace patente la retórica frivolidad del político irresponsable, que se dirige a veranear a Biarritz y otras playas europeas, sin sensibilidad para asumir la preocupación y el dolor de sus compañeros de departamento, víctimas de intereses ajenos.

Mordaz rebeldía hay en el joven Martínez Ruiz, cuando, todavía en Valencia (octubre de 1896) publica su parodia «El Credo conservador», virulenta diatriba contra la política canovista, con alusión incluida a las guerras de ultramar²⁷. Escribía el futuro *Azorín*:

Creo en Dios Cánovas Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra. [...] Creo —después de haber leído *La Época* y *El Nacional*— que vivimos en el mejor de los mundos posibles. [...]

Creo que la guerra de Cuba terminará dentro de un mes a todo tirar; que las «hordas insurrectas» están completamente desmoralizadas; que Maceo y Gómez se morirán de un día para otro; que cada vez que se da una batalla los rebeldes tienen numerosos muertos y nosotros sólo algunos contusos.

26. Leopoldo Alas "Clarín, Cuentos; ed. de J. M. Martínez Cachero. Oviedo: Summa, 1953. pp. 287-290 (cf. Martínez del Portal, 1993, p. 14).

27. Este *Credo* es precedente del que Luis Bonafoux publicó poco después (1897) en *La Campaña*: (coleccionado en *Bilis*, 1908, pp. 4-5).

Creo que lo de Filipinas es una broma de unos cuantos *puntos filipinos* que han querido darnos un susto; que los frailes no tienen otro interés que procurar la comodidad y el bienestar de los indígenas, y que todo cuanto se hable de mala administración y despotismo es ganas de disparatar.

Creo que el «honor nacional» consiste en mantener estas dos guerras, y en declarársela si es preciso a los Estados Unidos, aunque nos empeñemos hasta los dientes, aunque muera toda nuestra juventud, y aunque reconozcamos que las páginas más gloriosas de nuestra historia son las de Nueva España y el año 8, en que se luchó bravamente por la independencia.

Creo, en fin, que sólo nos debemos preocupar de rezar mucho, pagar los tributos con puntualidad y cumplir humildemente lo que nos mande la santísima trinidad del juez, el clérigo y el militar. Amén.»

Como se sabe, la causticidad de este espíritu militante estaba destinada a derivar muy pronto en el fino escepticismo y en la mitificación nacionalista (*El alma castellana*, 1900), punto de partida del concepto noventayochista que había de consolidarse después. Podríamos seguir hablando largo rato de las imágenes acuñadas por la incipiente retórica modernista que asoció a estos momentos críticos sus tópicos crepusculares: el citado Martínez Ruiz²⁸; el murciano Vicente Medina que hizo célebre su poema en dialecto panocho «Cansera»; el granadino Manuel Paso que gustó de construir alegorías entre nieblas otoñales y la urgencia de adaptarse a una nueva realidad²⁹; o, incluso, aunque sólo toque el tema episódicamente, deberíamos recordar la hiriente síntesis de la guerra que Baroja pone en boca de un repatriado mendicante en su nove-

28. «Si el comercio se arruina y la industria decae, y se cierran las fábricas y los campos están yermos, callamos como mansas ovejas; y callamos si nuestros hijos y nuestros hermanos van a morir allá abajo de fiebre y de fatiga en los bosques cubanos mientras a otros les sirve la guerra para realizar negocios en Bolsa y comprar suntuosos palacios... Todo está triste en España, todo está triste como en el otoño. Reina el orden más completo, callamos como mansas ovejas, y los espíritus respiran calma, como en esos días de cielo gris, monótono, en que las hojas caen lentamente una a una, amarillentas, retorcidas...» (Martínez Ruiz, «Bocetos valencianos. Otoño» *El Pueblo*, 18-10-1896).

29. Véase su poema «Entre hermanos» (*Blanco y Negro*, 8-10-1898).

la *Mala hierba* (1904, 2ª, VIII). Podríamos referirnos al tópico de la paz engañosa desarrollado por Joaquín Dicenta (1898a): paz que se hace sin esperanza, para «narcotizar las indignaciones populares, y alargar la agonía... [...], desconsoladora y siniestra» es «la paz de los muertos». O bien, podríamos aludir al debate auto-justificativo, y no menos tópico, de la problemática independencia cubana, que, entre otros, ilustró una humorada del versificador Javier de Burgos —libretista de la zarzuela *Cádiz*, cuya marcha puso fondo musical a aquel momento histórico:

...De garduñas en poder,/ hijos de Cuba, os halláis;/ hasta el nombre que lleváis/ le llegaréis a perder./ Independientes al ser / dichoso osáis llamaros,/ pero, el tiempo, que ha de daros desengaños elocuentes,/ del nombre de Independientes/ ¡qué poco habrá de dejaros!// Os han de quitar el *In*,/ para que seáis *dependientes*/ y el *de*, para que *pendientes*/ del amo quedéis al fin./ Víctimas de usura ruin,/ ni *dientes* os quedarán/ porque hasta el *di* os quitarán;/ y ya norteamericanos,/ de *independientes* cubanos/ en *entes* os dejarán.// De los años a través/ y patricios vergonzantes,/ olvidaréis a Cervantes/ para ladrar en inglés... («¡Independientes!») (*Los Lunes de El Imparcial*, 5-12-1898)

Meses después («Una poesía discutida», *El Imparcial* 19-6-1899), Javier de Burgos se hacía eco del mal efecto causado por aquellos versos en medios cubanos³⁰, y añadía:

...A necios o intransigentes/ que entenderme no han querido/ y a quienes tanto ha escocado/ la palabra *in-de-pen-di-ente*,/ gritar les dejo impotentes;/ pero a los buenos cubanos,/ a los corazones sanos,/ les digo con honda pena/ y la conciencia serena:/ ¡cuánto hemos perdido, hermanos!

30. Los versos de Javier de Burgos fueron glosados satíricamente desde la Habana por Adalberto Molina en «Contestación a las décimas de *Un Peninsular*», información que agradezco a la profesora cubana Carmen Barcía.

Unos habían habían perdido, y otros no habían ganado todo lo que habían deseado... Con tal argumento discurría Luis Morote nuevos sueños hispánicos, cuando matizaba que si bien la revolución cubana, en su fase utópica, no podía detenerse a pensar en el peligro del «padrastró» yanqui, una vez terminada la guerra, su libertad como nación independiente estaba todavía por asegurar:

En ese triunfo de la República cubana tiene tanto interés España como Cuba, porque es la garantía de la no absorción por los Estados Unidos, porque conservándose la raza, la lengua, la civilización españolas allende los mares, posible es que andando los tiempos, en el curso de centurias venideras, si nuestra patria es para entonces un factor de libertad, de progreso y de cultura, guardando cada uno su personalidad independiente, vuelvan a juntarse con vínculos nuevos, bajo formas de organización política, ahora ni siquiera sospechadas, pueblos que tienen la misma alma (Morote, 1908, p. 380).

A cien años de distancia, y por encima del trágico protagonismo que las armas han tenido a lo largo del siglo XX tanto en Cuba como en España, este vislumbre racionalista del futuro, que nosotros estamos viviendo todavía sin resolver pero con una conciencia más generalizada de su necesidad, quizás pueda servirnos de vía de acceso a la comprensión del legado moral más estimulante que nos dejaron las letras de aquel 98 pasado por las armas.

Pero si, en fin, buscamos síntesis críticas globalizadoras de la alienación colectiva, elaboradas con ingenio literario exigente, ninguna como *El último patriota*, de José Nogales³¹, parodia narrativa de la vida nacional en la retaguardia peninsular del 98; novela de protagonista colectivo, situada en una imaginaria ciudad de corte tradicional llamada Oblita, que vive sucesivamente la agresividad belicista desaforada, el temor a una invasión americana, los tanteos de una alternativa carlista, y, por último, el oportunismo de

31. Véase Amelia García-Valdecasas, «Reivindicación de José Nogales: Su figura y su obra literaria». *Revista de Literatura*, XLII, 83. pp. 93-130; y Cecilio Alonso, (1995).

la retórica regeneracionista. En este marco se va perfilando la frustración tópica de un hidalgo pobre, llamado irónicamente *César Paniagua* que, tras entrar en contacto con el dolor de los campesinos castigados por la guerra, se fuga de la realidad espoleado por un mesianismo quimérico, perdiéndose en las marismas en pos de un ideal que se esfuma en la niebla. Toda una parábola anticipadora del proceso regresivo que iba a caracterizar al núcleo principal de los intelectuales fin de siglo que antepusieron el impulso estético —la lógica del sujeto— a cualquier otro tipo de disciplina sociopolítica que pudiera mermar su libertad de soñar. Lo que produjo su desarticulación biográfica de los resortes del poder, al tiempo que, en general, y a veces paradójicamente, sus ficciones poéticas contribuyeron a reforzar las opciones más reaccionarias de la ideología nacionalista española del siglo XX.

SELECCIÓN DE FUENTES

CRÓNICAS, PERIODISMO, NARRATIVA, POESÍA, TEATRO, (POR ORDEN CRONOLÓGICO)

RIZAL, José (1886): *Noli me tangere. (Novela tagala)*. Berlín [Eds. peninsulares: Valencia: Sempere (1902); otra ed. posterior, corregida y aumentada con semblanza del autor y anotaciones de R. Sempau, Barcelona: Maucci, s.a. 2 vols.]

———, (1891): *El filibusterismo. (Novela filipina)*. Gante. (ed. peninsular: Barcelona: F. Granada, s.a (h. 1904)

MARTÍ, José [a. de 1895a]: *Lira Guerrera*. Vol. I. de *Obras completas* ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo. Madrid: Atlántida, s.a. [1925].

——— [a. de 1895b]: *Patria*. Vol. III de *Obras completas* ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo. Madrid: Atlántida, s.a. [1925].

——— [a. de 1895c]: *Libertad*. Vol. IV de *Obras completas* ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo. Madrid: Atlántida, s.a. [1925].

——— [1997]: «Diarios; pról. de Guillermo Cabrera Infante. Barcelona: Círculo de Lectores.

IBÁÑEZ MARÍN, José (1895): *Héroes de la manigua: Sanz Pastor. Santocildes. El Batallón de San Quintín*. Madrid: Tipografía El Correo Militar. 71 p..

GUERRERO, Rafael (1895-97): *Crónica de la Guerra de Cuba...*; ilustrada con dibujos de Labarta, Passos, Cubells y Pons [a partir del tomo 4º: *Crónica de la Guerra de Cuba y de la rebelión de Filipinas*]. Barcelona: Maucci. 5 vols.

REVERTER DELMAS, Emilio (1895-1899): *Cuba española. Reseña histórica de la insurrección cubana en 1895*; ilustrada por Francisco Pons. (Desde 1896 se titulaba *La Guerra de Cuba. Reseña histórica de la insurrección cubana*), Barcelona: Alberto Martín. 6 vols.

FABRA, Nilo M^a, (1896a): «Los Estados Unidos y Cuba. Páginas de la historia de lo porvenir» IEA, 22-3-1896., p. 171-174.

———, (1896b): «Origen de la guerra entre España y los EE.UU...». IEA, 30-3-1896, pp. 190-191.

———, (1896c): «La guerra entre España y los EE.UU.» IEA, 8-4-1896, pp. 206-210.

———, (1896d): «El triunfo de España». IEA, 15-4-1896, p. 223.

———, (1897): *Presente y futuro. Nuevos cuentos. La guerra de España con los Estados Unidos...* Barcelona: Juan Gili. 188 p.

TORROMÉ, Rafael (1896?): *Misterios de la Guerra de Cuba y las Amazonas de Maceo*. Novela. Madrid.

GARCÍA BARZANALLANA, Manuel, (1897): *La masonización de Filipinas. Rizal y su obra*. Barcelona: Tipografía Católica. 48 p.

TRIGO, Felipe, (1897): *La campaña filipina (Impresiones de un soldado)*. I. *El general Blanco y la insurrección*. Madrid: Fernando Fe. 92 p.

MARTÍNEZ RUIZ, José (1897): «Nota del día», *El Progreso*, 7-12-1897.

PÉREZ Y GONZÁLEZ, Felipe (1897) «Cositas del día». *El Liberal*, 25-12-1897.

BENÍTEZ FRANCÉS, Tomás (1898): *El manuscrito de un combate o el 3 de julio desde el "Vizcaya"*. El Ferrol, 245 p.

- MEDINA, Vicente (1898): «Aires murcianos. (Primera serie)»; pról. de J. Martínez Ruiz. Cartagena: Imp. de *La Gaceta minera*. 125 p.
- PÉREZ NIEVA, Alfonso (1898): «Por la Patria», *Blanco y Negro*, 21-5-1898.
- DICENTA, Joaquín (1898a): «La paz», *El Pueblo*, 17-7-1898.
- (1898b): «Crónicas», Madrid: Fortanet.
- BURGOS, Javier de (1898): «¡Independientes!» *El Imparcial*, 5-12-1898.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, Ventura (1898): *Los niños, novela filipina*. Toledo.
- MUÑIZ DE QUEVEDO, José (1898): *Apuntes de un soldado. Ajiaco (Sobre el terreno)*. Madrid: Fortanet, 1898. 300 p.
- PÉREZ Y GONZÁLEZ, Felipe (1898): *Filibusterías y yankees al hombro. Revistas cómicas contra las fechorías y habladerías de mambises, jingos y demás gentes de su calaña*. Madrid.
- ROSELL Y MALPICA (1898:1949-50): *Memorias de un insurrecto (Diario de la revolución cubana)*. Valencia: *El Pueblo*, junio 1898 (folletín). [Edición íntegra: (1949-50): *Diario del Teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica (1895-1897)*]; prefacio y notas de Benigno Souza. La Habana: Academia de la Historia de Cuba. 2 vols.
- CORTIJO, Vicente de (1898): «El coronel Cortijo prisionero de los yanquis. Diario de un cautiverio». Madrid: *El Imparcial*, 8 y 9-8-1898.
- SILVELA, Francisco (1898): «Sin pulso». *El Tiempo*, 16-8-1898.
- GINÉS DE PASAMONTE (1898): «Los villancicos de este año». *Blanco y Negro*, 24-12-1898.
- ECHEGARAY, José (1899): «La esperanza del débil. Sueño científico». *El Imparcial*, 9-1-1899.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1899): «La oreja de Juan soldado. Cuento futuro». *El Imparcial*, 6-3-1899.
- BURGOS, Javier de (1898): «Una poesía discutida» *El Imparcial*, 19-6-1899.
- FERNÁNDEZ VAAMONDE, E., (1899): *Después del desastre. Poemas*. Pról. de J. Ortega Munilla, 1899. Madrid: Fortanet. 64 p.
- CORRAL, Manuel (1899): *¡El desastre! Memorias de un voluntario en la campaña de Cuba*. Barcelona: A. Martínez. 236 p.
- CIGES APARICIO, Manuel (1899): «Impresiones de la Cabaña» *Vida Nueva*, 27-8-1899 a 4-3-1900.
- IBÁÑEZ MARÍN, José (1899): *Capitulación de Santiago de Cuba. Escrito leído ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina en defensa del Comandante militar que fue del Cristo, Clemente Calvo Peiró*. Madrid: Est. Tip. El Trabajo. 56 p. [Incluido en Ibáñez Marín, 1900].
- MARTÍNEZ BARRIONUEVO, M. (1899): *El buque de combate (Novela española)*. Madrid: Fernando Fe. 2 tomos. 303 y 332 p.
- [CASTRO LES, Vicente] (1900?): *Aventuras del Cabo López en el Transvaal y en Inglaterra, contadas por el mismo Cabo, con dibujos del propio López*. Contiene más de 200 chistes, itercalados unos en el texto y otros fuera del «tiesto». Con un atrio de Krüger. 2ª ed. Madrid: Admón. del «Noticiero-Guía de Madrid». 111 p.
- IBÁÑEZ MARÍN, José (1900): *Estudios militares y políticos*. Madrid: Tip. El Trabajo.
- ALAS «Clarín», Leopoldo (1901): *El gallo de Sócrates*. Barcelona: Maucci. 213 p.
- SÁNCHEZ DÍAZ, Ramón (1901): *Mis viajes*. Madrid: Fernando Fe. 133 p.
- NOGALES, José (1901): *Mariquita León Novela original*. Il. de Diéguez. Barcelona: Maucci. 242 p. [reed. en Sevilla: Editoriales Andaluzas Unidas].
- (1901b): *El último patriota. Novela original*. Barcelona: Maucci. 272 p.
- INSÚA, Waldo A. (1901): *Los últimos días de España en Cuba*. Madrid.
- MARTÍNEZ RUIZ, José (1901): «El inventor Daza». *La Correspondencia de España*, 5-8-1901.
- BURGUETE, Ricardo (1902a): *¡La guerra! Cuba (Diario de un testigo)*. Barcelona. Maucci. 204 p.
- BURGUETE, Ricardo (1902b): *¡La guerra! Filipinas (Memorias de un herido)*. Barce-

lona: Maucci. 239 p.

IBÁÑEZ MARÍN, José (1902): *Columna volante (Primera ración de artículos)*. Madrid: Tip. El Trabajo.

MARTÍNEZ RUIZ, José (1902): *La voluntad*. Barcelona: Henrich y cía. 301 p.

PASO, Manuel (1902): Nieblas. Poesías. «Prólogo» de Joaquín Dicenta. «Entre páginas» de Ortega Munilla. Madrid: Imp. Velasco.

ARDERÍUS, Francisco (1903), *La escuadra española en Santiago de Cuba: Diario de un testigo*. Barcelona: Maucci. 208 p.

CIGES APARICIO (1903): *Del cautiverio*. La Editorial Moderna. 384 p. [reeds. en Madrid: España: 1930, y Alicante: Instº Juan Gil-Albert, 1985.]

RUSIÑOL, Santiago (1903): *L'Heroe. Drama en tres actes*. Barcelona: L'Avenç.

AGUIRRE, Luis Ramos de, (1904): *Los innominados (Resignación)*. *Novela de costumbres hispano-cubanas (1880-1900)*. Barcelona: F. Cuesta imp. 349 p.

BAROJA, Pío (1904): *Mala hierba*. Madrid: F. Beltrán. 258 p.

MARTÍN CERESO, Saturnino (1904): *El sitio de Baler (Notas y recuerdos), por el Capitán de Infantería—, Jefe de aquel destacamento*. Guadalajara: Taller tip. del Colegio de Huérfanos. 276 p.

SILES, José de (1905): *Memorias de un patriota. Relatos de guerra, (1895-98)*. Madrid: Imp. de Felipe Marqués.

CIGES APARICIO, Manuel (1906): *El Libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra*. Madrid: F. Beltrán. 423 p. [reed. en Alicante. Instº Juan Gil-Albert, 1986]

«SILVERIO LANZA», seud. de J. B. Amorós (1907): *La rendición de Santiago*. Madrid: Asociación de escritores y artistas. 204 p. (reed. 1966. Obra Selecta de Silverio Lanza. Madrid: Alfaguara).

MOROTE, Luis (1908): *Sagasta. Melilla. Cuba*. Paris: Paul Ollendorff. 385 p. [Versión reducida de la última parte, *En la Manigua. Mi consejo de guerra*. Madrid: *El Libro Popular*, I, 3. 25-7-1912].

BARRIOBERO HERRÁN, Eduardo (1909): *Vocación. Novela documentaria*. Madrid: Pueyo, 272 p.

ARDERÍUS, Francisco (1914): *De mis recuerdos. Narraciones históricas*; dibujos de Martínez Abades. Madrid: F. Beltrán.

EUGENIO NOEL, seud. de Eugenio Muñoz Díaz (1915): «Los toros de los Carabancheles en el año del desastre» en *Las capeas*. Madrid: Impr. Helénica.

OLIVER, Federico (1915): *Los semidioses. Drama en tres actos y en prosa*. Barcelona: Teatro Mundial.

BAROJA, Pío (1920): *La sensualidad pervertida*. Madrid: Caro Raggio. 393 p.

BUENO, Manuel (1931): *Poniente solar*. Madrid: C.I.A.P.

POETAS DE LA GUERRA, Los (1941). *Colección de versos a la independencia de Cuba*; pról. de José Martí. La Habana: Imp. La Verónica de M. Altolaguirre. 172 p.

TORAL, José (1942²): *El sitio de Manila: Memorias de un voluntario*. Madrid: Ed. Nacional.

BAROJA, Pío (1944): *Familia, infancia y juventud*. Madrid: Biblioteca Nueva.

COLECCIONES DE TEXTOS DE PROCEDENCIA PERIODÍSTICA

GÓMEZ, Fernando (1897): *La insurrección por dentro. Apuntes para la historia. Artículos publicados en El Diario de la Marina y Diario del Ejército*; pról. de Valeriano Weyler. Habana: M. Ruiz, 272 p.

MAEZTU; Ramiro de (1899): *Hacia otra España*. Madrid: Fernando Fe. 245 p. [reeds. Madrid: Rialp. 1966; Madrid: Biblioteca Nueva, 1997]

«EL CAPITÁN VERDADES», seud. de Juan Urquía (1899): *La guerra hispano-americana. Historia negra. Relatos de los escándalos ocurridos en nuestras ex-colonias durante las últimas guerras*; pról. de Adolfo Suárez de Figueroa [director de *El Español*]. Barcelona: Maucci.

SORIANO, Rodrigo (1904): *La entrada de Nozaleda*, Madrid: Cosmópolis. 244 p.

- OLIVER, Miguel S. (1906): *Entre dos Españas (Crónicas y artículos)*. Barcelona: Gustavo Gili. 315 p.
- BONAFoux, Luis (1908): *Bilis*. Paris: Ollendorff.
- OLIVER, Miquel S., (1974): *La literatura del Desastre*; intr. y notas de Gregorio Mir. Barcelona: Península. 290 p.
- GARCÍA BARRÓN, Carlos (1974): *Cancionero del 98*. Madrid: Edicusa. 278 p.
- BLASCO IBÁÑEZ (1978): *Artículos contra la guerra de Cuba*; sel. de J. L. León Roca. Valencia: Eds. León Roca.

OTRAS FUENTES HISTÓRICAS

- CERVERA Y TOPETE, Pascual (1898): *Colección de documentos referentes a la Esquadra de operaciones en las Antillas*. 2ª ed., El Ferrol: Impr. de *El Correo Gallego*, 1900.
- CONCAS Y PALAU, Víctor M. (1899): *La Esquadra del Almirante Cervera*. Madrid. s.a.
- MÜLLER Y TEJEIRO, José (1898): *Combates y capitulación de Santiago de Cuba*; il. con grbs. y planos. Madrid.
- RIZAL Y ALONSO, José Protasio (1934): *Secretos de la política española*. Barcelona: J. Vilamala. 196 p.
- MIRÓ ARGENTER, José (1906-1909::1970): *Cuba. Crónicas de la guerra. Las campañas de invasión y de Occidente, 1895-96*. La Habana: Ed. Ciencias sociales, 1970. 765 p.
- WEYLER, Valeriano (1910): *Mi mando en Cuba. Historia militar y política de la última guerra separatista*. 5 vols. Madrid: F. G. Rojas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLENDESALAZAR, José M. (1974): *El 98 de los americanos*. Madrid: Edicusa.
- ALONSO, Cecilio (1995). «Regeneracionismo y estética crepuscular en las novelas de José Nogales», en *Homenatge a Amelia García-Valdecasas Jiménez*; ed. de Ferrán Carbó et. al. Fac. de Filología. Univ. de València. (Quaderns de Filologia. Estudis literaris). I, pp. 51-68.
- AZAÑA, Manuel (1930): «¡Todavía el 98!», en *Plumas y palabras*. Madrid: C.I.A.P. [reed.: Barcelona: Crítica, 1976. pp.179-195].
- AZCÁRATE, Pablo de (1968): *La guerra del 98*. Madrid: Alianza. 218 p.
- BAQUERO GOYANES, Mariano (1949): *El cuento español en el siglo XIX*. Madrid: C.S.I.C.
- BIBLIOGRAFÍA de la Guerra de Independencia (1895-1898)*. Departamento Colección Cubana Biblioteca Nacional José Martí. (1976); intr. de Araceli García Carranza. La Habana: Orbe. 746 p.
- CACHO VIU, Vicente (1985): «Ortega y el espíritu del 98». *Revista de Occidente*, 48-49, mayo. pp. 9-53.
- CALVO CARILLA, José Luis (1998): *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*. Madrid: Cátedra.
- ENCICLOPEDIA DE CUBA, La*; ed. Vicente Báez (1974): Madrid: Enciclopedias y clásicos cubanos. [I. Poesía. IV. Historia. VI. Prosas de guerra...]
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor (1948): *En torno al 98. Política y Literatura*. Madrid: Jordán.
- (1968-69): *Historia política de la España contemporánea (1868-1902)*. Madrid: Alianza. 3 vols.
- FOX, Inman (1997): *La invención de España*. Madrid: Cátedra.
- FRANCOS RODRÍGUEZ, José (1930): *El año de la derrota. 1898*. Madrid: C.I.A.P. 326 p.
- GALINDO HERRERO, Santiago (1955²): *El 98 de los que fueron a la guerra*. Madrid: Ed. Nacional.

- GULLÓN, Ricardo (1969): *La invención del 98 y otros ensayos*. Madrid: Gredos.
- LEGUINECHE, Manuel (1998): *Yo te diré... La verdadera historia de los últimos de Filipinas*. Madrid: El País-Aguilar.
- MARTÍNEZ DEL PORTAL, María (1993): «La guerra de Ultramar en la cuentística de la época». *MonteArabí*, 16. pp. 7-18.
- (1994): «El 98 y América». *Anales Azorinianos*, 4. pp.149-177.
- MOTA, Francisco (1950): *Papeles del 98*. Madrid: Afrodísio Aguado.
- ORTIZ, Fernando (1981): «Manuel Paso: Crítica del colonialismo español en la obra de un poeta granadino». *Ínsula*, 413. p. 4.
- PALENQUE, Marta (1998): «La poesía y los conflictos coloniales en la prensa española ilustrada y gráfica del fin de siglo (1895-1900)», en Leonardo Romero Tobar (ed.): *El camino hacia el 98*. Madrid: Fundación Duques de Soria/Visor Libros. pp. 269-296.
- RAMOS-GASCÓN, Antonio (1989): «Historiología e invención historiográfica: el caso del 98». En Graciela Reyes, ed. *Teorías literarias en la actualidad*. Madrid: El arquero. pp. 203-228.
- RETANA Y GAMBOA, Wenceslao E. (1907): *Vida y escritos del Dr. José Rizal*. Madrid: V. Suárez, 512 p.
- SALAÚN, Serge/Carlos SERRANO, eds. (1988): *1900 en Espagne (essai d'histoire culturelle)*. Bordeaux: Presses Universitaires [ed. española: *1900 en España*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991]
- SERRANO, Carlos (1985): *Final del Imperio. España, 1895-1898*. Madrid: Siglo XXI.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (1973³): «Mito y realidad del grupo del 98», en *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*. Madrid: Tecnos, 1970.
- VALBUENA, Antonio de (*Miguel de Escalada*) (1893): *Ripios ultramarinos. I*. Madrid: Victoriano Suárez.